Ignacio DE RIBERA MARTÍN y Verónica FERNÁNDEZ ESPINOSA, *La odisea de la autoridad. La vocación y tarea del maestro*, Madrid: Didaskalos, 2023, 157 pp., 12 x 18, ISBN 978-84-19431-12-7.

El tema de la “autoridad” es hoy la piedra de toque o el tornasol que sirven para probar el tenor de una obra educativa. Las escuelas en las que se pierda la referencia al maestro como autoridad, es decir, como el que busca mi bien, como aquel que “me hace crecer, es mi *autor* (*auctor* en latín, del verbo *augere*, que significa hacer crecer)” (p. 10), quedarán reducidas a centros de recreación, espacios de socialización, lugares de instrucción básica o de esparcimiento, pero dejarán de ser ya “escuelas”, o lo que es lo mismo, comunidades educativas.

Por eso es tan decisivo el tema afrontado en esta monografía por el profesor Ignacio de Ribera (sacerdote de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María y profesor de Filosofía en la *Catholic University of America*) y la profesora Verónica Fernández (doctora en Educación y Profesora en la Facultad de Educación y Psicología de la Universidad Francisco de Vitoria, de Madrid).

El libro que ocupa nuestra atención se organiza en torno a dos grandes capítulos. El primero (obra del P. Ignacio de Ribera) lleva por título “La vocación de autoridad del maestro” (pp. 19-59). Tomando la imagen de Jacques Maritain sobre la vida humana como un campo por cultivar, el autor nos muestra la necesidad de “hacer crecer” al alumno, no según el mito del “buen salvaje” al que hay que dejar a sus anchas, sino según la perspectiva del cultivo y el trabajo de la tierra, del fruto y de la fecundidad. De aquí nace “el cultivo como responsabilidad” (p. 27). La autoridad se inscribe, nos dice el profesor Ribera, en el marco de una relación. No es un frío imperativo, sino que se enmarca en un espacio intersubjetivo, en el que hay una “vocación” o “llamada” y, por tanto, la necesidad de una respuesta y una responsabilidad. Esta relación educativa está “orientada”, es decir, en ella hay uno que tiene la autoridad (el maestro) y otro que escucha y aprende (el alumno o discípulo). Solamente así es posible que el alumno “dé más de sí”, es decir, que no sólo despliegue lo que ya tenía, sino que dé todavía más, porque en esa relación educativa se da un enriquecimiento singular, que jamás se produciría en la lógica de una autonomía aislada. De este modo, la “autoridad es una cualidad ternaria: hay un portador de autoridad, un sujeto sobre el que se ejerce la autoridad y un ámbito en relación al cual hay autoridad” (p. 32). Para no caer en un “autoritarismo”, el P. Ignacio de Ribera insiste particularmente en una dimensión de esta relación que es clave: la referencia al “bien” y a la verdad. Desde esta perspectiva se puede decir que “en la estructura básica de toda genuina autoridad, por lo tanto, se da una doble relación de superioridad que es iluminadora: si bien el portador de autoridad está situado por encima del sujeto (ejerce autoridad *sobre* él), el bien del sujeto está a su vez situado por encima del portador de la autoridad (el bien rige *sobre* el portador de autoridad)” (p. 34). Naturalmente, esta relación, precisamente por estar “estructurada” está también “ordenada” hacia una plenitud, una finalidad, un “telos”: la autoridad se desarrolla entre un origen bueno (del cual todo maestro es testigo) y un sentido verdadero y amante (hacia el que la vida se ordena). Finalmente, la contribución del P. Ignacio de Ribera nos conduce al tema de la “paternidad”, porque todo maestro tiene, en el fondo, esta excelsa vocación. La palabra “alumno” significa literalmente “el que mama”, porque la relación con el maestro se da en el marco de

una paternidad, de una vital dependencia y ordenación. Educar, en definitiva, es “hacer crecer”, no es “fabricar”, ni “producir”. La autoridad respeta (debe respetar) esta forma humana para hacerse plenamente creíble.

El segundo capítulo de este estudio se titula “La tarea de autoridad del maestro” (pp. 61-157) y es obra de Verónica Fernández. Se trata de una preciosa contribución que toca ya mucho más directamente el terreno educativo.

La autora comienza hablando de lo que es la autoridad en el marco de la “alianza educativa”. Se sigue así la línea abierta en el anterior capítulo de considerar el tema siempre en un ámbito relacional. A continuación, se describen los desafíos a los que se enfrenta la autoridad. El mayor es el de una sociedad en la que prima el concepto de “autonomía”, pero también está el riesgo del “autoritarismo”, el peligro de no entender bien el sentido de las normas, o la tentación de caer en una escuela neutral. Para afrontar estos retos, la profesora Fernández Espinosa nos ofrece dos apartados dedicados, el primero, a las virtudes vinculadas con la autoridad (que evitan precisamente caer en los peligros antes enumerados) y, el segundo, a las prácticas de la autoridad, que proporcionan caminos concretos para hacer eso posible.

Hay virtudes tanto para el que ejerce la autoridad como para el que es sujeto de ella, pero en ambos casos son claves la confianza y la esperanza. Estas dos virtudes constituyen el entorno en el que se hace posible un liderazgo en la verdad y una contribución saludable de la autoridad.

La última sección del capítulo, referente a las prácticas, nos lleva al aula, a los claustros, a los espacios escolares, a las modalidades concretas en las que se puede desarrollar esta visión.

En definitiva, estamos ante un texto importante porque nos jugamos mucho en la cuestión de la autoridad. Aunque este vocablo en muchos ambientes casi ha desaparecido, despreciándose incluso, o reputándose como un elemento caduco y trasnochado, hemos de afirmar, por el contrario, y además con vigor, que la lectura reposada de las consideraciones recogidas en el presente volumen pone de relieve que de la autoridad depende en buena parte el futuro de nuestras escuelas. Hablar hoy de autoridad es una aventura, una apuesta contra corriente. Se trata, ciertamente, de una verdadera “odisea”, no porque tengamos que seguir los pasos de Ulises, sino porque hay otra parte del relato de Homero, la parte de Telémaco, hijo y heredero de Ulises, que a menudo se olvida y que este libro descubre como fundamental para la coyuntura en la que vivimos.

En efecto, Telémaco, en ausencia de su padre, es incapaz de crecer y hacer frente a los pretendientes. “Es un huérfano sin padre, una persona que ne-

cesita crecer, pero no tiene quién le haga crecer. Por eso nos parece una figura muy interesante para ilustrar la odisea de la autoridad del maestro... 'Telémaco sale en busca de su padre, necesita autores que le hagan crecer, y cuando regresa su padre es capaz de crecer hasta una medida nueva gracias a esta autoridad' (p. 14). De esta forma, este bello ensayo, recurriendo a ese evocador personaje de la antigüedad clásica, suministra pistas de gran calado y validez para quienes se dedican, no sin esfuerzo y sacrificio, a acompañar con la docencia a las nuevas generaciones. Sus propuestas son genuinamente inspiradoras y sugestivas. Logran colmadamente hacer reflexionar a quien toma entre sus manos este enjundioso estudio. Es una lástima, sin embargo, que los autores no hayan tirado más de este hilo del relato de la literatura griega, porque, ciertamente, la figura del Telémaco huérfano, de los pretendientes engañosos, de la espera afanosa del hijo y de la madre incapaz de educar ella sola, es una buena imagen del mundo contemporáneo. De todos modos, lo aportado en estas densas páginas puede servir de sólido cimiento para posteriores trabajos, en los que se brinden nuevos y atrayentes planteamientos para un mundo que requiere educadores verdaderos, es decir, personas que se impliquen personalmente y con suma competencia profesional, trenzando con esmero autoridad y ejemplo, para estar al lado de sus alumnos de manera idónea y clarividente.

Mientras agradecemos, una vez más, la benemérita labor que está llevando a cabo en el campo pedagógico la editorial *Didaskalos*, esperamos que su catálogo siga nutriéndose con trabajos cimeros y pertinentes, como el que nos ocupa. Serán de gran provecho ya que, y no es baladí afirmarlo, hoy más que nunca se requiere claridad para enfocar los grandes argumentos educativos desde adecuadas claves, de manera que los maestros, entregándose con creatividad, esperanza e inteligencia a la hermosa tarea de hacer que los pequeños maduren y desarrollen todas sus potencialidades, no se pierdan en un terreno tan complejo e intrincado como el escolar, sembrado de retos y escollos, a la vez que sediento de pujanza y audacia. Por ello se requieren formadores como los bosquejados en este volumen; maestros que no se dejen abatir por el pesimismo ni caigan en manos del conformismo, sino que, con un denodado afán de superación, se conviertan en brújulas certeras y alentadoras para los educandos que se les encomienden, sabiendo que son el futuro de la Iglesia, la sociedad y la familia.

Fernando CHICA ARELLANO
Città del Vaticano
DOI 10.15581/006.56.1.242